



Connotas. Revista de crítica y teoría literarias

ISSN: 1870-6630

connotas@unison.mx

Universidad de Sonora  
México

OLEA FRANCO, RAFAEL

Reflejos de Obregón en la obra de Martín Luis Guzmán

Connotas. Revista de crítica y teoría literarias, núm. 8, 2007, pp. 9-27

Universidad de Sonora

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=672671029001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## Reflejos de Obregón en la obra de Martín Luis Guzmán<sup>1</sup>

RAFAEL OLEA FRANCO\*

### *Resumen:*

La recreación expresa o velada de personajes históricos es una constante en la narrativa identificada como Novela de la Revolución Mexicana, dentro de la cual destaca la obra de Martín Luis Guzmán. En este artículo se analiza la manera en que aparece representado Álvaro Obregón en dos libros fundamentales de Guzmán: *El águila y la serpiente*, conjunto de crónicas sobre la Revolución en que se alude a Obregón de modo explícito, y *La sombra del Caudillo*, novela en la cual Obregón es indirectamente identificado con la figura ominosa anunciada ya en el título. En el primer caso se advierte el recelo que el militar despierta en el escritor, lo cual deviene en un estilo mordaz y descalificador, mientras que en el segundo predomina la severidad acusatoria. La figura de Obregón constituye un reflejo singular en ese vasto espectro de la narrativa de Guzmán, una obra vigorosa que conjuga magistralmente imaginación literaria y penetración histórica.

### *Palabras clave:*

*El águila y la serpiente*, *La sombra del Caudillo*, Martín Luis Guzmán, Novela de la Revolución, Álvaro Obregón.

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este trabajo fue leída el 10 de julio de 2003, en el *Foro Obregón y Villa otra vez frente a frente*, organizado por Javier Garciadiego Dantán, entonces director del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Ciudad de México), para rememorar académicamente los aniversarios luctuosos (75 y 80 años, respectivamente) de estos dos adversarios, quienes fueron figuras determinantes de la Revolución.

\* Profesor-investigador. El Colegio de México.

La Revolución Mexicana fue pródiga en la producción de personajes de la cultura que cumplieron dos funciones complementarias: por un lado, como participantes activos en la lucha armada; por otro, como testigos privilegiados que pudieron registrar creativamente estos hechos mediante diversas formas literarias. En gran medida, lo mejor de la literatura que se ha agrupado bajo el equívoco nombre de “novela de la Revolución Mexicana”<sup>2</sup> es producto de esa doble actividad, como sucede en el caso de dos de nuestros más altos exponentes artísticos: Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán. Así, el segundo de ellos construyó diversas representaciones literarias sobre este proceso histórico, dentro de una vasta obra que tiene como primeros puntos culminantes tanto la serie de crónicas que forman *El águila y la serpiente* (1928), como la más célebre de sus novelas: *La sombra del Caudillo* (1929), ambas obras impresas por vez primera en Madrid.

En cuanto a *El águila y la serpiente*, conviene aclarar que su clasificación genérica no resulta fácil. En su primera edición, Guzmán subtítulo la obra con el término de “Memorias”, el cual alude muy bien a su fuerte componente autobiográfico; sin embargo, en virtud de que los sucesos históricos descritos son más importantes que la vida del narrador, prefiero hablar de una crónica de raíz histórica, contada en una primera persona no necesariamente testimonial. *El águila y la serpiente* no fue un libro pensado y escrito de forma integral; si bien desde 1917 Guzmán empezó a redactar pequeños artículos sobre sus andanzas revolucionarias correspondientes al período 1913-1915 (fecha esta última en que emprendió su exilio inaugural), los primeros textos de la serie se publicaron hasta 1926 y

<sup>2</sup> La designación me parece inexacta por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque algunos de los textos que se incluyen en este rubro no son en realidad “novelas”; por ejemplo, el *Ulises criollo* (1935) de José Vasconcelos se adscribe más bien a la escritura autobiográfica. En segundo lugar, porque no todas las obras que se suman a esta clasificación remiten al período específico en que se desarrolló la Revolución Mexicana; así, el mencionado texto de Vasconcelos sólo hasta el final alude a este movimiento histórico, o bien el argumento de *Al filo del agua* (1947), la excelente novela de Agustín Yáñez, concluye precisamente cuando se inicia la Revolución.

1927, en dos periódicos del sur de Estados Unidos con gran población hispanoparlante: *La Prensa* (San Antonio) y *La Opinión* (Los Ángeles); en México, desde principios de 1927 *El Universal* editó con regularidad algunos de estos escritos, por lo que en 1928 dio a la luz ocho de los últimos nueve capítulos definitivos de lo que ese mismo año sería el libro *El águila y la serpiente* (por cierto que este atractivo título, tan exitoso por su enorme carga alusiva a la historia mexicana, le fue sugerido por su editor español).

En este libro aparece la primera imagen de Obregón construida por Guzmán, quien recuerda que a mediados de 1913 recibió noticias contradictorias sobre el militar, al que ubica entre dos polos inconciliables: “Cuando llegamos a Hermosillo nada me intrigó tanto como conocer a Álvaro Obregón. ¿Sería éste el gran hombre que Pani anunciaba ya —¡desde entonces!— como nuestra suprema figura política del futuro? ¿Sería más bien, como lo creía Vasconcelos —deslumbrado por los fulminantes triunfos de Villa—, uno de tantos ambiciosos que nublaban el porvenir revolucionario?” (Guzmán, *Águila* 245). En principio, Guzmán se sintió atraído por las palabras de Adolfo de la Huerta, quien elogiaba sobre todo la calidad moral de un mensaje que Obregón había enviado a Venustiano Carranza, el jefe del ejército que luchaba contra el asesino y usurpador Victoriano Huerta; Obregón, ya desde entonces un gran militar victorioso, aconsejaba a Carranza expedir un decreto que inhabilitara a todos los jefes militares para ocupar puestos públicos, porque, según decía un entusiasta Adolfo de la Huerta: “—Obregón sabe que su principal misión será la militar, y, no obstante eso, quiere que los militares de hoy no puedan ser los funcionarios de mañana. Obregón sabe que descollará entre nuestros más grandes soldados, y, con todo, no tiene empacho en advertir que las mayores desgracias de México se deben a las ambiciones de los militares” (Guzmán, *Águila* 245-46). Respecto de esta imagen idealista que pintaba a Obregón como un militar alejado de los afanes de poder, el narrador comenta con un tono no exento de escepticismo y de sutil ironía:

La de Obregón, en efecto, era una actitud extraordinaria: extraordinaria en los días del mensaje a Carranza —poco des-

pués de la toma de Cananea—, y más extraordinaria aún cuando de la Huerta ponderaba ante mí lo que en ella había de altruismo patriótico: después de Naco, de Santa Rosa, de Santa María. ¿Quién, carente de malicia política y malicia humana —o sordo a ellas—, no se habría entusiasmado? Yo me figuraba asistir a un suceso insólito: a la elaboración de un caudillo capaz de negar, desde el origen, los derechos de su caudillaje, que era como ver a un león sacándose los dientes y arrancándose las uñas. (Guzmán, *Águila* 246)

Como buen conocedor de la retórica, el escritor juega en su texto con las referencias temporales para simular que desde los lejanos sucesos que relata, es decir, desde mediados de 1913, él había percibido con extrema sagacidad que la postura pública de Obregón sólo era una máscara para ocultar sus afanes de poder. Pero en realidad este pasaje fue redactado ya bien avanzada la década de 1920, es decir, cuando Obregón incluso había desempeñado la presidencia del país (1920-1924); y no sólo eso: es probable que al preparar esta parte de *El águila y la serpiente*, Guzmán supiera que Obregón buscaba un segundo período presidencial, pues el militar y político había anunciado públicamente a mediados de 1927 sus intenciones de suceder al año siguiente a Plutarco Elías Calles en la primera magistratura. El desfase entre la época de los hechos históricos narrados y el momento en que Guzmán escribe sobre ellos explica también el nombre del citado capítulo que él dedica a Obregón en *El águila y la serpiente*. “Orígenes de Caudillo”; en efecto, a mediados de los años veinte era bastante obvio que Obregón se había convertido en el verdadero caudillo de la Revolución Mexicana.

Ahora bien, en los juicios laudatorios sobre Obregón que De la Huerta enunciaba frente al escéptico Guzmán, éste recuerda la insistencia de su amigo en ponderar las cualidades visibles en los manifiestos del militar, a quien asignaba gran talento natural. Cuando finalmente Guzmán pudo leer uno de esos manifiestos, el dirigido por Obregón en marzo de 1913 al pueblo sonorensé (cuando las fuerzas revolucionarias desfilaron por la capital de ese estado), su opinión personal fue muy distinta: “el tal manifiesto no pasaba de

ser una sarta de palabras e imágenes apenas notables por su truculencia ramplona. Se conocía que Obregón había querido hacer, de buenas a primeras, un documento de alcance literario, y que, falto del don, o de la experiencia que lo suple, había caído en lo bufo, en lo grotesco y descompasado que mueve a risa” (*Águila* 246). Implacable, Guzmán usaba el escalpelo para ejemplificar el supuesto estilo literario de Obregón, cuyas frases (en cursivas) saca de contexto para ridiculizarlo:

En las tres primeras líneas del manifiesto Huerta era *el matricida que, después de clavarle a la patria un puñal en el corazón, continúa agitándolo como para destruirle todas las entrañas*. En las cuatro líneas siguientes Huerta y sus secuaces se convertían en la *jauría que con los hocicos ensangrentados aullaba en todos los tonos, amagando cavar los restos de Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez*. Más adelante la jauría se metamorfoseaba en *pulpos a quienes había que disputar los ensangrentados jirones de nuestra Constitución* y a quienes debía *arrancarse de un golpe, pero con la dignidad del patriota, todos los tentáculos*. (*Águila* 246-47)

Como si esto no bastara, Guzmán añadía: “Lo peor del manifiesto —o lo mejor para los fines de la risa— no estaba en el juego de los símiles o metáforas. Provenía, sobre todo, de cierto dramatismo a un tiempo ingenuo y pedantesco, que era como la medula de la proclama” (247). El efecto irónico producido por comentarios como éste tiene un doble fundamento retórico. En principio, porque los ejemplos transcritos resultaban suficientes, sin necesidad de añadido alguno, para reconocer el estilo ampuloso e ineficaz de Obregón; es decir, servían de argumento mismo o sustituían cualquier argumento. Además, porque al exhibir a Obregón, Guzmán lo hacía usando una prosa extraordinaria, con una sintaxis cuidada y elegante (e incluso permitiéndose el lujo academicista de corregir la acentuación vulgar de “médula” por la que debió haber sido su derivación correcta: “medula”). Un poco más abajo expondré cómo esta imagen del militar anhelante de escribir con un estilo literario excelso, está presente en la primera novela del escritor.

Cuando por fin Guzmán pudo conocer directamente a Obregón, confirmó sus sospechas iniciales de que quizá se trataría de un mero simulador, rasgo visible en su vestimenta misma, la cual él juzgaba como una mera afectación revolucionaria: “Por el aspecto general de su persona, se echaba de ver que afectaba desaliño, y que lo afectaba como si eso fuese parte de sus méritos de campaña. Desde las jornadas de Culiacán había habido tiempo de sobra para que sus asistentes le lustrasen los zapatos y las polainas y para que un buen barbero lo afeitara. Pero no era así: el polvo de sus pies y el pelo de su cara eran los mismos que habían asistido a su triunfo culiacanense” (*Águila* 249). De igual modo, juzga una impostura la reacción del militar cuando éste es felicitado por el grupo de amigos de Guzmán (De la Huerta, Martínez Alomía, Pani, Zubarán y otros) luego de su más reciente victoria; con falsa modestia, Obregón aparenta querer minimizar, mediante una broma, la leve herida que recibió, pues afirma que en verdad las balas no parecían tomarlo bastante en serio. Por todo ello, Guzmán emite un lapidario y contundente juicio final sobre Obregón:

Y esta simulación dominante, como que normaba cada uno de los episodios de su conducta: Obregón no vivía sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no era un hombre en funciones, sino un actor. Sus ideas, sus creencias, sus sentimientos, eran como los del mundo del teatro, para brillar frente a un público: carecían de toda raíz personal, de toda realidad interior con atributos propios. Era, en el sentido directo de la palabra, un farsante. (*Águila* 249)

En esta breve pero completa imagen particular de Obregón que ofrece *El águila y la serpiente* se fundan, en gran medida, los rasgos del innombrado caudillo que es el más poderoso y el menos visible de los personajes de *La sombra del Caudillo*, la gran novela de Guzmán (a mi modo de ver, la fuerza expresiva de la obra sería todavía mayor si el caudillo del título no hubiera aparecido físicamente en el argumento). Como se sabe, la idea central de este texto surgió en la mente del escritor en 1927, durante su estancia en Madrid, a donde

había ido a parar luego de su segundo exilio, iniciado a fines de 1923, a raíz de su apoyo a la rebelión de Adolfo de la Huerta contra la imposición obregonista de la candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles.<sup>3</sup> Hasta España voló de inmediato la noticia de la trágica muerte, el 3 de octubre de 1927, de Francisco Serrano, uno de los militares que se había atrevido a desafiar las pretensiones reeleccionistas de Obregón; con enorme olfato artístico, Guzmán percibió de inmediato que en estos sucesos podría residir una gran trama novelesca, por lo que desechó el proyecto creativo que entonces tenía en mente:

Había estado planeando una trilogía que haría un resumen de la vida política de México. El primer volumen había de tratar de una manera novelística de la derrota de Carranza por Obregón. La segunda de la asonada delahuertista y la tercera del régimen callista y sus maquinaciones políticas. Cuando leí el reportaje de la matanza de Serrano en *El Universal*, decidí emplear esto junto con algunas de mis experiencias delahuertistas y me puse a escribir el segundo volumen inmediatamente. Me sentí hondamente conmovido por lo que había leído. (Guzmán en Morton 122)

Este impulso creativo fundado en lo histórico marca los rasgos generales de la novela, desde las minucias de su trama hasta la caracterización de sus personajes. En cuanto a este último punto, la crítica ha repetido en forma un tanto mecánica la declaración de Guzmán de que la mayoría de sus personajes parten de individuos históricos: el Caudillo es, sin duda, Álvaro Obregón; aunque no contiene rasgos físicos de sus modelos (pero sí hábitos específicos suyos), el personaje de Ignacio Aguirre se basa en dos generales norteros que fracasaron en sus aspiraciones presidenciales: Adolfo de la Huerta, derrotado en la rebelión iniciada a fines de 1923, y el

<sup>3</sup> Una descripción más detallada de la génesis de la novela puede encontrarse en Olea Franco, “*La sombra del Caudillo*: la definición de una novela trágica”.



mencionado Serrano; el oblicuo Hilario Jiménez de *La sombra del Caudillo* remite a Plutarco Elías Calles; y así sucesivamente.<sup>4</sup> Pero al reproducir sin análisis alguno esta relación proporcionada por el autor, no se repara en algo sustancial: que pese a ser una novela de corte realista, *La sombra del Caudillo* es una obra de ficción y no una crónica de hechos históricos. Incluso a veces tampoco se lee con cuidado la declaración de Guzmán que he transcrito, pues ahí él confiesa haber mezclado sus experiencias delahuertistas de 1923 con la noticia de la muerte de Serrano en 1927; así, en el prólogo de la edición del texto hasta ahora más difundida, Antonio Castro Leal confunde radicalmente los sucesos históricos al aludir a la evolución de México mientras el escritor estaba fuera de su país, en la década de 1920, cuando emprendió su segundo y más largo exilio:

Y, además, algo que, por su ausencia de México, [Guzmán] no ha visto, pero que ha tenido amplia publicidad y gran resonancia en la prensa: la lucha política para sustituir al general Obregón al término de su período presidencial, las inquietudes y especulaciones públicas sobre si el poder lo heredaría el general Francisco R. Serrano, Ministro de la Guerra, o el general Plutarco Elías Calles, Ministro de Gobernación. Y, finalmente, el desenlace sangriento: el fusilamiento de Serrano y algunos de sus partidarios en Huitzilac, camino de Cuernavaca a México. (Castro Leal X)

<sup>4</sup> Aunque se sale del objetivo de este ensayo, cabe mencionar que Axkaná González es el único personaje importante que no tiene un referente histórico. Axkaná funciona en la novela como el amigo de Ignacio Aguirre que lo impulsa por el camino de la honestidad y los valores, en contra de Remigio Tarabana, quien sólo desea que Aguirre se aproveche de su alta posición política como ministro de Guerra para efectuar inmorales negocios. Según confesó el propio Guzmán, Axkaná representa lo que él veía como la conciencia revolucionaria: “Todos los personajes que allí aparecen son réplica de personajes reales, menos uno, Axkaná González, que como su nombre lo indica tiene sangre de las dos razas: la indígena y la española. Axkaná representa en la novela la conciencia revolucionaria. Ejerce en ella la función reservada en la tragedia griega al coro: procura que el mundo ideal cure las heridas del mundo real” (Guzmán en Carballo 88).

Equivocación inconcebible: Calles fue ministro de Gobernación en el régimen de Obregón (1920-1924), a quien sucedió en el poder, en contra de las pretensiones de Adolfo de la Huerta, ministro de Hacienda, el cual se rebeló a fines de 1923; por su parte, Serrano aspiró a relevar al propio Calles, quien ejerció la presidencia de 1924 a 1928; en suma, la competencia presidencial de 1927 que derivó en los sangrientos sucesos de Huitzilac no fue entre Serrano y Calles en calidad de candidatos (más bien el segundo, en calidad de presidente, otorgó su anuencia para fusilar al primero el 3 de octubre de 1927). En fin, me parece que en un extraño proceso de contaminación literaria, el crítico traslada la ficción a la realidad, pues sólo imaginariamente pueden coincidir, en su disputa por la presidencia, Calles (en el personaje de Hilario Jiménez) y Serrano (en el de Aguirre). Señalo, de paso, que esta involuntaria confusión refuta fehacientemente el juicio de un crítico por lo general certero como lo es Brushwood, para quien Guzmán efectúa una simple copia de los hechos reales, por lo que concluye que le faltaron vuelos de novelista:

Guzmán no fue fundamentalmente novelista y, en mi opinión, no deseó en verdad crear personajes de ficción [...] El libro es casi una gran novela, pero no lo es del todo precisamente porque el autor, excelente periodista, careció de la imaginación del novelista. Su capacidad de recrear no estuvo a la altura de su habilidad para describir lo observado. Las fallas de *La sombra del Caudillo* no le impidieron ser una novela muy buena; pero carece de los alcances de *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias, novela guatemalteca sobre un tema semejante. (Brushwood 348-49)

De ser cierto lo anterior, el escritor no habría efectuado esa sagaz combinación ficticia de dos situaciones políticas, es decir, las rebeliones de 1923 y de 1927. En realidad gracias a sus excelentes dotes creativas, él percibió que la verdadera esencia novelística podría residir en utilizar como referente ambos períodos históricos;

porque el anticlimático final de la asonada de Adolfo de la Huerta, quien acabó exiliándose en Los Ángeles, donde fundó una academia musical, no se prestaba para construir un texto de raigambre trágica y heroica como lo es *La sombra del Caudillo* (si acaso, pienso yo, hubiera servido para armar una ópera bufa); en cambio, según percibió de inmediato Guzmán, ¡cuánto material novelable había en la terrible muerte de Serrano!

Desde un punto de vista estrictamente artístico, mediante su decisión de combinar en la literatura dos etapas históricas, 1923 y 1927, el autor pudo imprimir una mayor libertad y riqueza a su argumento, el cual no estuvo ligado de forma mecánica a una realidad histórica exacta. En suma, si bien los hechos culminantes de la novela, es decir, la muerte de Ignacio Aguirre y casi todos sus seguidores, se basan en el deceso de Serrano y su grupo acaecido en 1927, la situación política dibujada en el texto se semeja más bien a la vivida por De la Huerta en 1923-1924.

Ahora bien, como la literatura construye un discurso relativamente autónomo, un texto puede enunciar una fecha histórica concreta, más allá de que los sucesos novelescos coincidan plenamente o no con los de la historia. En este sentido, la única referencia que permite datar el momento de enunciación de la novela está en una frase deíctica, cuando al enlistar los apoyos militares asequibles a Aguirre para enfrentar al Caudillo, uno de los participantes dice: “Así sucedió hace cuatro años. A poco de levantarse las fuerzas de Sonora, ya estábamos todos con el Caudillo. Al gobierno se le desgranó el ejército en la mano como mazorca podrida” (Guzmán, *Sombra* 189). Este pasaje, en apariencia secundario, aporta varios indicios respecto de las circunstancias de enunciación del argumento. El movimiento al que se refiere es la sublevación de Álvaro Obregón contra Venustiano Carranza, conocida como la rebelión de Agua Prieta, cuya culminación implicó el ascenso al poder del primero y la muerte del segundo la madrugada del 21 de mayo de 1920.<sup>5</sup> Como al aludir a estos hechos el texto dice “hace cuatro años”, el tiempo

<sup>5</sup> Al acercarse las elecciones de 1920, Carranza se negó a apoyar la candidatura de alguno de los líderes militares y en cambio intentó forzar la postulación de un civil, Ignacio Bonillas, su embajador en Estados Unidos. Tal pretensión lo habría de

de la enunciación es, sin duda, 1924, y, en cuanto ente de ficción, “el Caudillo” se identifica, claro está, con Álvaro Obregón, quien entonces gobernaba México.

Aunque no puedo tratar con amplitud este punto, es probable que también haya razones más íntimas y personales para esta decisión autoral de mezclar en la ficción dos períodos históricos, en particular la enorme cercanía que Guzmán tuvo con De la Huerta y la nula simpatía que sintió hacia Serrano; en la entrevista de 1971 concedida por el escritor a Eduardo Blanquel, se aprecia que Guzmán estuvo muy cerca de De la Huerta en los momentos decisivos de fines de 1923, cuando éste se opuso a la candidatura presidencial de Calles, apoyada por Obregón; Guzmán cuenta, asimismo, cómo Alberto Pani, secretario de Hacienda y amigo suyo, lo presionó para que cambiara de postura política si no quería que el gobierno lo mandara matar; como entonces él era diputado, se negó a desdecirse de sus tendencias delahuertistas y a declararse callista, por lo que convino con Pani en simular que el gobierno le arrendaría su periódico *El Mundo*, subterfugio mediante el cual pudo tener recursos que le permitieran emprender su segundo y largo exilio, ahora acompañado por su familia; luego de huir de la Ciudad de México, Guzmán fue apresado antes de cruzar la frontera con Estados Unidos, pues había orden telegráfica de Serrano, a la sazón el ministro de Guerra de Obregón, para que el escritor fuera fusilado; por fortuna él desplegó gran habilidad para salir del aprieto y poder huir a Estados Unidos, pero nunca se le olvidó la orden de Serrano.<sup>6</sup>

---

enfrentar por fuerza con el grupo militar de los sonorenses, que encabezaba Álvaro Obregón, el candidato de los militares revolucionarios. Empeñado en la candidatura de Bonillas, Carranza se ganó la enemistad de los sonorenses, quienes ante el envío de tropas federales contra su estado, se rebelaron con el Plan de Agua Prieta del 23 de abril de 1920, en el que se reconocía a Adolfo de la Huerta, gobernador del estado de Sonora, como jefe del Ejército Libertador Constitucionalista. Decidido a conservar el poder, Carranza huyó de la Ciudad de México el 7 de mayo de 1920 para establecer su gobierno en Veracruz, pero luego de diversas escaramuzas fue asesinado junto con un pequeño grupo de seguidores la madrugada del 21 de mayo en los confusos hechos de Tlaxcalantongo.

<sup>6</sup> Las peripecias de esta secuela se encuentran en la mencionada entrevista, que

Volviendo al personaje del Caudillo, debe decirse que sus rasgos físicos coinciden, en general, con los de Obregón; por ejemplo, la mirada del personaje novelesco se describe así: “El Caudillo tenía unos soberbios ojos de tigre, ojos cuyos reflejos dorados hacían juego con el desorden, algo tempestuoso, de su bigote gris” (Guzmán, *Sombra* 46); palabras semejantes a las usadas por Guzmán en *El águila y la serpiente*, donde se describe al militar de esta forma: “De sus ojos —de reflejos dorados, evocadores del gato— brotaba una sonrisa que invadía el rostro” (249). Así como en un enigma la única palabra cuya pronunciación está prohibida es la que revela el misterio, en *La sombra del Caudillo* el rasgo físico de Obregón que no puede incluirse es su condición de manco, pues ello hubiera hecho demasiado inmediata y mecánica la identificación del personaje con su referente histórico. En cambio, el texto sí alude a ciertos rasgos secundarios de su modelo real, además del bigote presente en la cita previa; por ejemplo, el Caudillo comparte el gusto de Obregón por emitir frases comunes y corrientes que pretenden pasar por literarias, como sucede en el pasaje en que se critican los golpes teatrales a los que es afecto el personaje de ficción: “el Presidente, muy amante de los golpes teatrales, dio a la prensa el informe de Aispuro y algo más: unas glosas suyas de mucho aparato, entreveradas aquí y allá —porque el Caudillo era gran acuñador de frases vulgares— con juicios muy lacónicos y muy sarcásticos sobre la incapacidad y la inmoralidad de su antiguo predilecto” (*Sombra* 146).

Al igual que sucedió con *El águila y la serpiente*, a partir de mayo de 1928 Guzmán empezó a publicar en el periódico *El Universal* entregas dominicales de lo que sería, si bien con modificaciones sustanciales, *La sombra del Caudillo*, pero la secuencia de las entregas fue interrumpida en octubre de 1929, sin el más mínimo respeto para sus lectores, quienes no recibieron explicación alguna, por parte de los editores, de las causas que los indujeron a tomar esa

---

resulta sustancial para entender muchos aspectos de la historia personal de Guzmán, así como para dilucidar sus posturas ideológicas. Fue realizada por Blanquel en 1971, pero había permanecido inédita hasta que se incluyó en la edición crítica de *La sombra del Caudillo* utilizada en este trabajo (651-77).

abrupta decisión; así, aunque aún faltaban tres entregas para la conclusión de la trama, los lectores del diario mexicano sólo pudieron leer hasta el capítulo titulado “El plan de Toluca” (aparecido el 20 de octubre de 1929), que terminaba con la prisión de Aguirre y sus seguidores. Por fortuna, los mencionados periódicos estadounidenses *La Prensa* y *La Opinión*, que estaban publicando las entregas simultáneamente, sí completaron la serie, en noviembre de 1929; el final de la versión periodística fue de hecho paralelo a la aparición de la novela como libro, el mismo mes de noviembre, bajo el sello de la editorial Espasa-Calpe.<sup>7</sup> Cuando esta casa española quiso distribuir en México la obra, Calles, entonces el jefe máximo de la Revolución Mexicana, intentó restringir su difusión e incluso amenazó con expulsar de México a los representantes de la editorial; no obstante, Genaro Estrada logró disuadirlo de que la prohibición sólo produciría que la gente se interesara más por el libro.

En la última entrega difundida por el diario mexicano, Aguirre y sus seguidores son arrestados en Toluca, lugar novelesco que sustituía a Cuernavaca, donde habían sido apresados Serrano y su grupo; en los sucesos históricos, estos últimos fueron asesinados en Huitzilac, en el trayecto de Cuernavaca a México; en la ficción, en cambio, los personajes son acribillados durante su supuesto traslado de Toluca a la capital. Es obvio que conforme avanzaba la trama de *La sombra del Caudillo*, para los lectores dominicales de *El Universal* las semejanzas entre la literatura y la realidad resultaban más visibles; por ello había que interrumpir la publicación antes de que la anécdota culminara en los fácilmente reconocibles hechos sangrientos de octubre de 1927, que estaban fijos en la mente de toda la sociedad mexicana.

Por otra parte, basta con efectuar una somera comparación entre la trama completa de la novela y algunas notas periodísticas de

<sup>7</sup> La versión periodística de la novela, con notables diferencias respecto de su versión definitiva en forma de libro, fue reproducida por vez primera en una edición destinada a conmemorar el centenario del natalicio del escritor en 1987 (preparada por Bruce-Novoa). También se incluye completa en la reciente edición crítica de la novela, es decir, la utilizada aquí (2002).

la época, para deducir varias razones más que impulsaron al gobierno a intentar su fallida prohibición de la obra en su versión como libro. En el momento decisivo del argumento, Aguirre, el protagonista de la novela, asume una estoica actitud que le conquista un estatuto de elevado héroe moral; en efecto, contrariando los consejos que le da Olivier Fernández (quien lo alerta con pragmática sabiduría mexicana: “—O nosotros le madrugamos bien al Caudillo [...] o el Caudillo nos madruga a nosotros [...] la política de México, política de pistola, sólo conjuga un verbo: madrugar” (Guzmán, *Sombra* 187-188), Aguirre decide no acudir a las armas para justificar un probable fraude electoral que aún no se consuma; como el pasaje en que expresa sus ideas es el más largo monólogo de la novela, sólo cito unas frases suyas:

Resuelto a levantarme en armas estoy [...] Creo, sin embargo, que no debemos recurrir a las armas mientras no tengamos la justificación legal que ha de darnos fuerza [...] Hoy la suerte está echada; no lo lamento; acepto gustoso ir hasta lo último. Pero siendo esto verdad, lo es también que no quiero, a toda costa, adueñarme de la Presidencia, y no porque blasone de moral, de puro, de incorruptible —quiénes más, quiénes menos, todos hemos cometido errores en la Revolución y la política, yo acaso más que otros muchos—, sino porque a mí me parece que, sean cuales fueren la mentira y el lodo que nos ahogan, hay papeles que exigen dignidad, momentos del decoro que no deben olvidarse [...] Quiero ganar, sí; pero ganar bien; y si eso no es posible, prefiero perder bien, o sea: dejando a los otros el recurso criminal o innoble. A estas alturas no es el triunfo lo más importante; lo es el fallo del plebiscito íntimo que la nación está haciendo siempre. Y si el fallo nos favorece, igual da entonces conquistar la Presidencia que morir asesinados. (*Sombra* 190-91)

Esta actitud induce a Aguirre a aceptar su destino último, es decir la ineluctable muerte, asumiendo impávido las seguras consecuencias negativas de sus decisiones, con lo cual el personaje se

proyecta de la mediocre situación que tenía a inicios de la trama (un general poderoso pero corrupto y sin ideales), a la categoría de un héroe moral; si acaso, a veces lo arrastra la indignación, como cuando compara su situación de condenado con la muerte de Villa: “Una imagen lo agitó un momento: la de Pancho Villa. ‘Con ser —pensó— monstruoso su asesinato, éste de ahora, el mío, va a ser aún más monstruoso, más cobarde e innoble’ ” (*Sombra* 214), o bien cuando, instantes antes de recibir la cruel muerte, se condeue de los inocentes que morirán junto con él.

Todo lo anterior contrasta notablemente con la hipocresía extrema de sus rivales, manifiesta hacia la conclusión de la trama, donde con un soberbio cambio estilístico, Guzmán modifica el tono narrativo del texto insertando dos boletines de prensa, uno emitido por el Caudillo y otro por el candidato y ministro de Gobernación Jiménez; ambos intentan justificar ante la opinión pública la muerte de Aguirre. Para la creación de este pasaje, Guzmán se apoyó en los boletines gubernamentales firmados por el presidente Calles y por el candidato Obregón, reproducidos el 4 de octubre de 1927 en *El Universal*. Este referente real explica en gran medida el deseo oficial de restringir en México la difusión de la novela editada en España, ya que Guzmán apenas parafraseó los boletines para adecuarlos a su trama, por lo que la asociación con Calles y Obregón surgiría espontánea en la mente de los lectores.

Gracias a una amañada reforma constitucional, en noviembre de 1926 los diputados aprobaron que un expresidente asumiera un nuevo y único periodo en el gobierno, siempre y cuando éste no fuera inmediato al precedente; con este hipócrita precepto, se simulaba superar el principio de “no reelección” que había sido uno de los ideales de la Revolución. Por ello a mediados de 1927, Obregón, quien había ejercido la presidencia de 1920 a 1924, inició una nueva campaña electoral, ahora para suceder a Calles, a quien él mismo había apoyado para que lo relevara en el cargo para el periodo 1924-1928.<sup>8</sup> Respecto tanto de la muerte de Serrano,

<sup>8</sup> Una valiosa síntesis de los sucesos históricos de este periodo puede encontrarse en Meyer, “El primer tramo del camino”.



como de la rebelión del aún no sometido Arnulfo R. Gómez (candidato del Partido Nacional Antirreeleccionista), ambos sus adversarios en la sucesión presidencial, Obregón, nuevo candidato oficial, opinaba en una declaración difundida en la prensa el 4 de octubre de 1927:

Soy el primero en lamentar los sensible sucesos que ocurrieron, y durante toda mi campaña, proclamé en todas partes que la resolución de la lucha deseábamos obtenerla en las urnas electorales y no en el terreno de la violencia [...] Por otra parte, la gran fuerza moral que da al señor Presidente el hecho de haber tolerado paciente y conscientemente, para que no se le fuera a tachar de parcial en la contienda, la propaganda sediciosa que, tanto los llamados candidatos a la Presidencia, generales Serrano y Gómez, como el grupo de políticos que constituían el cerebro de su propaganda, hacían sin ningunas reservas [...] Soy de opinión que la pretendida asonada carece en absoluto de importancia y que el país, en unos días más, va a darse cuenta de la absoluta falta de valores morales e intelectuales de los que pretendían corresponder con un cuartelazo inicuo al Supremo Gobierno, el error de éste de haber depositado en ellos su fe y su confianza; pero si un error de apreciación mía, viniera a demostrar lo contrario, suspenderé mis actividades políticas para ponerme al servicio del Gobierno Federal, sin más limitación que la de mi propia capacidad, e invitaré a todas las organizaciones políticas y sociales del país que apoyan mi candidatura para que cooperen con los respectivos jefes de operaciones con toda diligencia y con toda energía. (Obregón 1)

Hay una enorme semejanza entre esta cita y el discurso que marca el nivel moral en que se ubica Jiménez, el personaje que en la ficción novelesca funge como secretario de Gobernación, pues no obstante que su grupo ha acudido a la violencia y a todas las prerrogativas del poder, en el boletín de prensa atribuido a *El Gran Diario* (nombre ficticio que alude al subtítulo del periódico donde Obregón

publicó su declaración: *El Universal. El Gran Diario de México*), él se atreve a afirmar:

“Soy —aseguraba— el primero en lamentar los dolorosos sucesos que están ocurriendo, pues durante toda mi campaña proclamé con ahínco el deber, igual para todos, de ir tras el triunfo de las urnas, no de la violencia [...] El señor Presidente, desde luego, cuenta con una enorme fuerza moral: la que le da el haber tolerado en silencio, para que no se le tachara de parcial en las elecciones, la propaganda sediciosa que Aguirre y los suyos hacían cerca de los militares [...] El resultado inmediato no me parece, así, difícil de vaticinar: dentro de muy pocos días el orden más completo reinará en el país, con lo que se hará patente la falta de valores intelectuales y morales en quienes ambicionaban, sin ningún título, convertirse en gobernantes. Pero dado caso de que esta apreciación mía resultare engañosa, ofrezco suspender mis trabajos políticos —pues al interés patriótico todo ha de subordinarse— y pedir al Supremo Gobierno que acepte mis servicios como militar y sin otros límites que mis modestas capacidades. Entonces, también, invitaré a las masas campesinas y obreras —las mismas que apoyan mi candidatura— a que cooperen con las diversas Jefaturas de Operaciones en la destrucción total de los elementos traidores a la patria” (Guzmán, *Sombra* 213-14).

Aunque Guzmán parafrasea casi literalmente el boletín de prensa de Obregón, decide añadir al discurso de Jiménez la genial frase “pues al interés patriótico todo ha de subordinarse”; esto demuestra que el escritor había captado a la perfección la demagogia intrínseca a la mayoría de los discursos políticos mexicanos, la cual estaba vigente desde antes del nacimiento del Partido Nacional Revolucionario (luego Partido Revolucionario Institucional) en 1929.

Para concluir este trabajo con un tono menos pesimista, propongo recordar uno de los sabrosos “inventarios” de José Emilio Pacheco, pues quizá de ese modo podamos superar un poco, así sea con la mera imaginación, los sangrientos y trágicos sucesos que ligan la historia mexicana con la literatura. En 1978, año del cincuentenario de la muerte de Obregón, Pacheco fantaseó con lo que habría sucedido en caso de haberse frustrado el atentado de José de

León Toral que acabó con la vida del caudillo histórico: derrota de los generales callistas (Amaro, Cárdenas y el propio Calles) en 1929; segunda reelección de Obregón en 1932, junto con la extensión del período presidencial a seis años; fundación del PRO (Partido Revolucionario Obregonista) en 1933; nombramiento, en 1935, de Obregón como secretario general del PRO, Jefe Máximo de la Revolución y Protector de la Patria; designación de Obregón como presidente vitalicio en 1945; derrota en 1950 de la conspiración conocida como el “complot de los licenciados” (José Vasconcelos, Miguel Alemán y Adolfo López Mateos) y muerte violenta de sus líderes; fiestas del cincuentenario de la Revolución en 1960, cuando Obregón cumple ochenta años en perfecta salud; y, finalmente, cuarenta años después de su primera reelección, deceso del caudillo en Chapultepec, en 1968, con lo cual México entraría en un turbulento período de su historia (Pacheco 54-55). Pero tal vez no sea necesario acudir a la fantasía y a la excelsa imaginación de Pacheco para construir un relato irónico, porque en la realidad misma puede encontrarse este sesgo. El carácter solemne de una obra trágica como lo es *La sombra del Caudillo* impidió que Guzmán fuera tentado por la posibilidad de introducir la ironía suministrada por la mejor creadora de novelas: la historia, frente a cuya inventiva palidece cualquier novelista. En efecto, mediante una de esas misteriosas ironías con que suele escribirse la historia, el triunfante caudillo Obregón, imbatible héroe de mil batallas y modelo central de la novela de Guzmán, fue asesinado por un oscuro hombrecillo, mientras comía en el restaurante de La Bombilla, el 17 de julio de 1928; de hecho, luego de unas elecciones presidenciales de mero trámite, Obregón estaba entonces a punto de asumir el segundo período presidencial por el que tanto había peleado, aun a costa de eliminar a viejos aliados, como a Serrano, quien no sólo había sido su secretario de Guerra sino incluso su pariente político. En fin, como siempre, la realidad superó a la literatura.

## Bibliografía

- Brushwood, John S. *México en su novela*. Tr. Francisco González Aramburo. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Eds. del Ermitaño-SEP, 1986.
- Castro Leal, Antonio. "Prólogo" a Martín Luis Guzmán, *La sombra del Caudillo*. México: Porrúa, 1977.
- Guzmán, Martín Luis. *La sombra del Caudillo*. Edición crítica coordinada por Rafael Olea Franco. Colección Archivos 54. París: CONACULTA-FCE-ALLCA XX, 2002.
- \_\_\_\_\_. *El águila y la serpiente*, en *Obras completas*, v. 1. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- \_\_\_\_\_. *La sombra del Caudillo, versión periodística*. Ed. John Bruce-Novoa. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.
- Meyer, Lorenzo. "El primer tramo del camino." *Historia general de México*. 4ª. ed. México: El Colegio de México, 1994. 1183-1271.
- Morton, F. Rand. *Los novelistas de la Revolución Mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1949.
- Obregón, Álvaro. "Declaraciones del señor general Álvaro Obregón." *El Universal*, 4 de octubre de 1927. 1ª. sección, p. 1, y 4ª. sección, p. 1.
- Olea Franco, Rafael. "*La sombra del Caudillo*: la definición de una novela trágica." Guzmán, *Sombra* 451-78.
- Pacheco, José Emilio. "Un informe y una fantasía." *Proceso*, 14 de agosto de 1978: 54-55.